

José Luis Mendívil Giró  
Cosériu, Saussure y el problema  
del cambio lingüístico<sup>1</sup>

### Resumen

El presente artículo es una breve contribución a la historia de las ideas sobre el cambio lingüístico y sobre la propia concepción del lenguaje. Se centra en la teoría del cambio lingüístico de Eugenio Cosériu, formulada como un intento de superación de la famosa antinomia saussureana entre sincronía y diacronía y como un intento de desplazar el interés sobre la lengua saussureana (*langue*) hacia el estudio del habla (*parole*). Se concluye que el modelo de Saussure es más coherente con algunas aportaciones actuales a la teoría del cambio lingüístico que el de Cosériu, que, a causa de su concepción antinaturalista del lenguaje, no consigue superar los problemas inherentes a toda explicación teleológica del cambio lingüístico.

Palabras clave: Teoría del cambio lingüístico, Cosériu, Saussure, funcionalismo, sincronía, diacronía.

### Abstract

The present paper is a modest contribution to the history of ideas about linguistic change and about the conception of language itself. It focuses on Eugenio Cosériu's theory of linguistic change, a theory formulated as an attempt to overcome Saussure's famous antinomy between synchrony and diachrony, and also as an attempt to shift the interest on Saussurean language (*langue*) towards the study of speech (*parole*). It is concluded that Saussure's model is more coherent with some recent approaches to linguistic change than Cosériu's one, being the later, because of Cosériu's anti-naturalistic view of language, unable to overcome the problems inherent to any teleological explanation of linguistic changes.

Key words: *Theory of linguistic change, Cosériu, Saussure, functionalism, synchrony, diachrony.*

## 1. El cambio lingüístico como problema y el problema de la explicación funcional de los cambios

Es frecuente que las explicaciones del cambio lingüístico adolezcan de un defecto fundamental: la confusión entre la causa y la consecuencia. De este modo,

---

<sup>1</sup> El presente artículo se basa en una conferencia presentada en el *Encuentro en homenaje a Eugenio Cosériu* celebrado en Zaragoza en 2004. Deseo agradecer a sus organizadores (Tomás Buesa, M<sup>a</sup> Antonia Martín Zorraquino y José M<sup>a</sup> Enguita Utrilla) su invitación a participar en el mismo y tanto a ellos como al resto de ponentes y asistentes sus interesantes comentarios.

a menudo se aduce como la causa que explica un determinado cambio lingüístico lo que, en el mejor de los casos, es realmente una consecuencia del mismo.

Eugenio Coseriu dedicó una amplia, documentada e influyente obra a formular una teoría funcional del cambio lingüístico que no estuviera afectada por dicho problema. Se trata del ensayo *Sincronía, diacronía e Historia: el problema del cambio*<sup>2</sup>. En las páginas siguientes consideraremos cuáles son los problemas lógicos de las explicaciones funcionalistas del cambio lingüístico a la luz de algunas teorías recientes, cómo propone Coseriu evitar algunos de esos problemas sin abandonar una concepción funcional del lenguaje y del propio cambio lingüístico y hasta qué punto la alternativa propuesta por Coseriu realmente supera la famosa antinomia saussureana entre sincronía y diacronía, que es uno de sus objetivos primordiales.

De hecho, el punto de partida de Coseriu no son realmente los problemas que afligen a algunas explicaciones funcionalistas (aunque no es un problema que vaya a descuidar), sino su crítica a la dicotomía saussureana y, en sus propios términos, el intento de superarla. Como observaba Coseriu en la primera edición española de su célebre ensayo, aquel no versa sobre el cambio lingüístico en sí, sino sobre el *problema del cambio lingüístico* y pretende “plantear el problema mismo del cambio como problema racional” (1973, 8).

Y, sin embargo, el intento de Coseriu de superar la antinomia saussureana y de evitar así la consideración del cambio lingüístico como un problema le va a conducir a no salvar algunas de las dificultades inherentes a toda explicación funcional del cambio lingüístico.

Una de esas dificultades, quizá la principal, es la tendencia a atribuir a un proceso que en esencia es ciego y azaroso una finalidad que sólo es admisible cuando ciertos fenómenos son intencionales<sup>3</sup>.

Así, como han mostrado autores como Lass (1997) o Lightfoot (1999) desde distintos puntos de vista teóricos, los cambios lingüísticos estructurales tales como el cambio en el orden de palabras o la pérdida o desarrollo de un sistema de casos son cambios que en ocasiones tardan en completarse mucho más tiempo que el que dura una generación de hablantes. Si esto es así, estos cambios no pueden explicarse acudiendo a la voluntad, la intención o la acción de un individuo o de un grupo de ellos. No mejoran las cosas si nos limitamos a afirmar que ciertos individuos provocan el inicio del cambio o que funcionan como un

---

<sup>2</sup> Un trabajo escrito entre los años 1955 y 1957 y publicado en 1957 en la *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias* de Montevideo (vol. 15, pp. 201-355), traducido al ruso y publicado en Moscú en 1963 y publicado como libro por Gredos en Madrid en 1973, de cuya tercera edición de 1978 se extraen las citas transcritas en esta aportación. Existen versiones en alemán, portugués, italiano y rumano.

<sup>3</sup> Véase, para una discusión más detallada, Mendivil (2003a) y las referencias allí mencionadas.

detonante del proceso, porque entonces tendríamos que asumir que una cadena de hablantes de diferentes generaciones colabora o conspira inadvertidamente (o no) para completar o continuar una acción iniciada en el pasado.

Otras aproximaciones fundamentan la explicación de los cambios en tendencias dinámicas internas que actúan sobre sistemas “desequilibrados” o “no óptimos” proporcionando otros más equilibrados o más cercanos a lo óptimo. Pero en realidad esto estaría implicando que hay estados de lengua desequilibrados o no óptimos, algo inverificable en sí mismo a no ser que consideremos el propio cambio una prueba de ello, lo que nos lleva a un argumento circular.

En biología evolutiva se ha recorrido un camino paralelo y, al igual que sucede con la teoría sobre el cambio lingüístico, también podemos encontrar históricamente tentaciones finalistas. Pero es claro que las especies no tienen intención alguna de cambiar en una determinada dirección, a no ser que confirmemos a las especies (o, como suele decirse, a la “sabia naturaleza”) algún tipo de conciencia o de voluntad intencional. En términos algo simplificados: parece claro que a los pájaros no les salieron alas para poder volar sino que, en todo caso, gracias a que les salieron alas, pueden volar. Por tanto, la función o finalidad de volar no puede ser una explicación para el surgimiento inicial de las alas (o de sus antecedentes evolutivos), por mucho que pueda ser relevante en su desarrollo. No hay razones para que ese razonamiento no se aplique al cambio lingüístico.

Lo que une a autores como Lass (1997), Lightfoot (1999) o Croft (2000), que proceden de escuelas lingüísticas no sólo distintas sino hasta opuestas, es precisamente que se inspiran en la teoría evolutiva para explicar el cambio lingüístico. De hecho, de forma independiente (aunque con algunas diferencias sensibles entre sus propuestas), los tres autores concluyen que la evolución de las especies y el cambio lingüístico son en realidad instancias particulares de un proceso común, según el cual evolucionan o cambian todos los llamados *sistemas autorreplicantes imperfectos*. Tanto los organismos naturales como las lenguas son sistemas que se replican y que, al hacerlo, dan lugar a ligeras variaciones o mutaciones que, en las circunstancias externas adecuadas, pueden dar lugar a un cambio, sea en la especie, sea en la lengua<sup>4</sup>.

En el ámbito de la explicación del cambio lingüístico la tentación finalista está más arraigada y es aún más difícil de evitar que en biología evolutiva, y ello por una razón doble. Primero, porque al igual que sucede en el ámbito de la evolución biológica, tendemos a pensar que para explicar un proceso de cambio hay que encontrar su finalidad (la adaptación). Esto es, identificamos explicación con explicación final. Y segundo, y más importante, porque en lingüística, a

---

<sup>4</sup> Para una discusión detallada de la comparación entre lenguas y especies, véase Mendivil (2009).

diferencia de lo que sucede en biología, hay –o mejor dicho, *creemos* que hay– un actor: el hablante o, más difusamente, la comunidad de hablantes.

Pero como ya sugería Saussure y ha argumentado Lass (1997) explícitamente, toda explicación que se base en la noción de un actor debe asumir, además de la implausible noción de un estado de lengua “imperfecto” o “disfuncional”, diversas premisas, todas ellas igualmente implausibles, tales como que los hablantes tienen intuiciones acerca de la eficiencia u optimidad de su lengua para las tareas comunicativas o cognitivas, que los hablantes pueden comparar estados de lengua presentes y otros todavía no desarrollados y optar entre ellos, o que los hablantes tienen algún tipo de intuición global sobre la estructura de su lengua y que, basándose en información de ese tipo, pueden cambiar su lengua o iniciar un cambio que continuarán sus descendientes.

En lo que sigue espero mostrar que Coseriu, aunque muestra ser muy consciente del primer problema, no puede ni quiere superar la segunda dificultad, la de situar al individuo como la conciencia finalista del cambio.

## 2. Coseriu vs. Saussure: sincronía y diacronía / lengua y habla

Como es sabido, Saussure formuló su distinción entre sincronía y diacronía de manera radical: “la oposición entre los dos puntos de vista –sincrónico y diacrónico– es absoluta y no tolera componendas” (Saussure 1916, 155). Coseriu no fue un pionero en criticar e intentar superar la radical antinomia saussureana. Ya en las célebres *tesis del 29*, que marcan el surgimiento de la Escuela de Praga, se aborda esa tarea como un fin programático crucial de dicha escuela:

“Il ne serait pas logique de supposer que les changements linguistiques ne sont que des atteintes destructives s'opérant au hasard et hétérogènes du point de vue du système. *Les changements linguistiques visent souvent le système, sa stabilisation, sa reconstruction, etc.*” (Cercle Linguistique de Prague 1929, 7, cursiva añadida)<sup>5</sup>.

Sin embargo, Coseriu también se va a oponer a esa interpretación teleológica del cambio lingüístico, pero no porque no crea en las explicaciones finalistas (que son las únicas que admite como tales), sino por el obvio efecto animista que tiene el atribuir una finalidad a un sistema o, en general, a algo que no sea un sujeto racional. Así, dice Coseriu:

“En realidad, los cambios lingüísticos, en cuanto resultados de una actividad libre, sólo pueden tener motivación finalista y, sin embargo, es absolutamente cierto que la lengua no ‘premedita’ ni puede premeditar nada, pues no es un sujeto” (1973, 224).

---

<sup>5</sup> Sobre la reacción contra Saussure sigue siendo una referencia inexcusable la nota 176 (pp. 467-70) de la edición de Tulio de Mauro del *Curso*.

El entrecomillado del texto anterior de Coseriu se refiere precisamente a una frase del *Cours de linguistique générale* de Saussure. Como se observa en el texto siguiente, las objeciones de Coseriu al teleologismo praguense son equiparables a las críticas de Lass o Lightfoot a las explicaciones funcionalistas:

“En general, las afirmaciones teleológicas no son explicaciones y carecen de valor cognoscitivo, pues la ‘finalidad objetiva’ no es algo comprobable” [...]. “Las afirmaciones teleológicas referidas a la historia particular de una lengua son meras comprobaciones; y si pretenden ser explicaciones, o son tautológicas o carecen de sentido” (Coseriu 1973, 227-8 y 231).

Y sin embargo, Coseriu va a sostener una explicación finalista, aunque en un sentido algo diferente.

El rechazo de Coseriu de la antinomia Saussureana se fundamenta en realidad en su propia concepción del lenguaje, muy distinta de la del lingüista ginebrino. Saussure afirmaba que “en sí mismo, el sistema es inmutable”. Coseriu, antipositivista y humboldtiano, considera que la lengua es un sistema dinámico, que es actividad creadora y que, por tanto, el cambio no es algo que le sucede al sistema estático, en el que no cree. Para Coseriu el cambio no es algo externo, ajeno al sistema, sino parte de su esencia. De ahí precisamente que niegue lo que él mismo denomina el *problema racional* del cambio. Muy en su línea de gran dialéctico, afirma Coseriu que en realidad no podemos preguntarnos por qué cambian las lenguas o por qué no son inmutables, ya que dicha pregunta implica que asumimos que las lenguas deberían ser estáticas por naturaleza y que el hecho de que cambien es algo ajeno que les pasa por diversas causas.

Así pues, según Coseriu la oposición entre sincronía y diacronía es puramente metodológica (“la antinomia sincronía/diacronía no pertenece al lenguaje, sino a la lingüística”, dice explícitamente, 1973, 27), y atribuye al propio Saussure el error de aplicarla al objeto y no a la investigación<sup>6</sup>.

Pero esta es la clave de toda la discusión. Coseriu, al negar que la oposición entre sincronía y diacronía sea una oposición del objeto, en realidad lo que está negando es la propia noción de lengua como sistema sincrónico. De hecho él mismo confirma esta interpretación al afirmar en repetidas ocasiones que una lengua es esencialmente un objeto histórico. Pero la afirmación de que una len-

---

<sup>6</sup> Pero véase la mencionada nota de De Mauro (nº 176) para una interpretación distinta. De Mauro sostiene que la distinción para Saussure es de “points de vue” (p. 468), pero aclara (véase también nota 40) que para Saussure la distinción es del *objet* (el sistema lingüístico) y no de la *matière* (el conjunto de cosas de que se ocupa el investigador, una masa heteróclita de datos). Por tanto, en este sentido tiene razón Coseriu al atribuir a Saussure una concepción no puramente metodológica de la distinción, algo que, al contrario que Coseriu, consideraremos un mérito y no un error de Saussure.

gua es un objeto histórico, siendo claramente cierta, no implica necesariamente que no pueda abordarse como un objeto mental y esencialmente estático en lo que a la historia se refiere, algo que Coseriu rechaza al considerar el estado como una mera abstracción metodológica.

Parece claro que Saussure estaba pensando en el conocimiento del lenguaje por parte del hablante y en ese sentido es en el que el sistema es estático e inmutable, al igual que una ballena es estática como organismo y como especie, por mucho que sepamos que evolucionó de algo parecido a una vaca y que, quizá, seguirá evolucionando.

Pero Coseriu rechaza en realidad la abstracción saussureana de la lengua salvo como mera técnica de descripción:

“Aunque la lengua fuera por su naturaleza sincrónica, esto habría que comprobarlo en la diacronía. Salvo que se quiera crear el concepto de lengua por definición. Mas ello no es legítimo, pues las lenguas existen, pertenecen a la experiencia” (Coseriu 1973, 25).

Para Coseriu la lengua no existe salvo como el hablar. Es, dice repetidamente, un hablar históricamente condicionado:

“La lengua no se da más que en el hablar de los individuos, y el hablar es siempre hablar una lengua. Todo el ser del lenguaje gira necesariamente en ese círculo. El propio Saussure lo vio con bastante claridad, pero quiso salir del círculo y optó decididamente por la lengua [...]. Pero hay que optar por el camino más difícil: no hay que salir del círculo, porque se trata del círculo mismo de la realidad del lenguaje” (1973, 31-2).

Lo que ofrece Coseriu es, pues, una visión antinaturalista del lenguaje, siendo como era un firme partidario de la separación neta e irreductible entre las ciencias humanas y las ciencias naturales. No romper el círculo del que hablaba Coseriu implica precisamente eso: que la ciencia del lenguaje debe ser hermenéutica y, en consecuencia, finalista, frente a la ciencia natural, que debe ser empírica y causal<sup>7</sup>. Esto queda claramente manifiesto en el siguiente fragmento del lingüista rumano en el que también señala el error de considerar que el *problema racional* del cambio (“por qué cambian las lenguas”) se pueda contestar causalmente:

---

<sup>7</sup> Como observa Bernardo, la concepción de la ciencia del lenguaje de Coseriu implica “la aceptación de la dicotomía propia del neokantismo, acorde con la clasificación de las ciencias de Dilthey en naturales y culturales, fundamentada en la peculiaridad de los objetos: naturales, determinados por las leyes de la naturaleza, y culturales, definidos por la libertad, la finalidad y la creatividad” (2003, 164). Para un análisis más detallado del lugar de la lingüística entre las ciencias puede consultarse Bernardo (1995) en lo que respecta especialmente a Coseriu y Mendivil (2003b) en general.

“Su propio planteamiento [el del problema racional del cambio], como necesariamente ocurre en las ciencias del hombre, se funda en el ‘saber originario’ acerca del lenguaje, es decir, en el conocimiento, anterior a toda ciencia, que el hombre tiene de sí mismo” [...]. “Uno de los errores que más afligen a la lingüística –y que también procede del considerar las lenguas como ‘cosas’ y de la confusión entre ciencias del hombre y ciencias de la naturaleza– es el de querer reducir los problemas teóricos (rationales) a problemas ‘generales’. En el caso del cambio lingüístico, ese error consiste en creer que el problema de la mutabilidad de las lenguas se resuelve encontrando la ‘causa’, o todas las pretendidas ‘causas’, de los muchos cambios particulares” (Coseriu 1973, 66-7).

Así, para Coseriu, en realidad no hay que explicar por qué cambian las lenguas, ya que esto no es algo que les suceda, sino que es parte de su propia definición:

“No se trata de un problema ‘por resolver’, sino de un problema implícitamente resuelto por la misma comprensión del ser real de la lengua. La lengua cambia justamente porque *no está hecha* sino que *se hace* continuamente por la actividad lingüística. En otros términos, cambia porque se habla: porque sólo existe como técnica y modalidad del hablar” (1973, 69).

Por tanto, si Coseriu en realidad niega que exista un problema del cambio lingüístico es precisamente porque no reconoce estatuto epistemológico alguno al *estado* de una lengua: “la no-historicidad (sincronicidad) pertenece al ser de la descripción, y no al ser de la lengua” (1973, 26). Pero entonces la superación de la antinomia saussureana en realidad es una negación de la misma<sup>8</sup>.

Y dicha negación nos lleva al problema grave de no poder deslindar el hecho de que podamos concebir una lengua como un objeto histórico del hecho de que también podamos concebirla como un objeto mental (y –dualismo aparte– natural). Pero esta distinción es crucial para poder tener una adecuada concepción del cambio lingüístico. Para Coseriu sólo existe la lengua como hecho histórico y la *langue* saussureana sólo es abstracción para una descripción sincrónica. Sin embargo, hay muchas razones para pensar que lo correcto es lo contrario: que lo realmente existente es la lengua como órgano mental de la persona que la habla, y que es la lengua como objeto histórico lo que constituye un constructo en sentido estricto. Cabe decir pues que, a pesar de las apariencias, la concepción del lenguaje de Coseriu es incluso menos mentalista aún que la de Saussure.

---

<sup>8</sup> Coseriu insistía, tanto en el ensayo que estamos considerando como en una aportación más reciente (1995), en que no pretendía negar las antinomias saussureanas sino partir de ellas, lo que no implica que en ocasiones ese partir de ellas pueda implicar una negación de la antinomia tal y como la entendía Saussure.

### 3. Creatividad, libertad y cambio

Como hemos visto, la concepción de Saussure del cambio lingüístico como un proceso “externo”, “ciego” y “azaroso” ha venido a confluir con las teorías recientes que consideran el cambio lingüístico como un fenómeno accidental y, por supuesto, no dirigido a ningún fin, sea éste profiláctico o terapéutico. Coseriu vio muy claramente las dificultades lógicas y empíricas de las explicaciones funcionalistas del cambio (lo que él denominaba las explicaciones causales), pero a la vez, por su propia concepción del lenguaje como actividad, se vio abocado a una explicación también funcional del cambio, tal y como se refleja en el siguiente revelador fragmento (en el que de nuevo entrecomilla a Saussure):

“En cuanto a la no intencionalidad, es cierto que ‘la lengua no premedita nada’, que no tiene ‘finalidad objetiva’; pero ello no significa que los cambios no sean intencionales. En realidad, por su mismo modo de darse, *los cambios sólo pueden entenderse como procesos constituidos por actos intencionales y finalistas*” (Coseriu 1973, 248, cursiva añadida).

Es más, de forma rotunda, afirma que “la lengua cambia para seguir funcionando como tal” (1973, 30), lo que entraña no ya una concepción finalista del cambio, sino incluso lo que podríamos denominar como una concepción *metafinalista*.

Argumenta Coseriu que las lenguas que no cambian son las lenguas muertas, y tiene razón, pero ello no debería hacernos pensar que una lengua que no cambiase no sería utilizable o no sería una lengua humana. No hay justificación alguna para tal afirmación. Pero eso precisamente se deduce de las afirmaciones citadas y de la siguiente:

“El cambio no es mero accidente, sino que pertenece a la esencia de la lengua. En efecto, la lengua se hace mediante lo que se llama ‘cambio lingüístico’: el cambio lingüístico no es sino la manifestación de la creatividad del lenguaje en la historia de las lenguas” (Coseriu 1973, 108)

La innovación, la libertad creativa que seduce a Coseriu es ciertamente un rasgo esencial del *uso* del lenguaje y es, por supuesto (como también muestra Coseriu), uno de los factores que posibilitan que se produzcan los cambios, pero los cambios no son en sí una parte funcional del lenguaje para el hablante que lo usa, sino que son en sí un hecho externo; son ajenos a la conciencia individual y, por tanto, sólo visibles para el observador externo.

Puede afirmarse que la clave (y el problema crucial) de la concepción del cambio de Coseriu es precisamente el identificar el carácter creativo del uso del lenguaje con el hecho de que las lenguas cambien.

Pero es importante observar que una lengua que no fuera creativa también cambiaría al transmitirse de generación en generación (aunque quizá de una forma distinta) y, sobre todo, que una lengua que no cambiara también podría ser



creativa. No hay razón para considerar el cambio histórico un requisito de la creatividad o de la libertad del hablante en el uso del lenguaje.

Consideremos de nuevo la analogía con las especies: cambian (más o menos, como las lenguas, según las condiciones externas), pero no podemos decir que el cambio sea su naturaleza ni un requisito para ser tales, incluso aunque cambiar esté en su naturaleza. El equivalente sería decir que las especies *cambian para sobrevivir*, pero lo cierto es que las especies no cambian para sobrevivir, sino que (a veces) *sobreviven porque cambian*, que no es lo mismo. Y sólo cambian si hay factores externos que lo propicien. Lo importante es que el cambio es independiente de la finalidad de sobrevivir (que, por otra parte, ninguna especie tiene como tal). El cambio es algo que acontece como un accidente. Y ese accidente resulta o no relevante en función de las circunstancias históricas. Podría decirse que en cierto modo un cocodrilo ha cambiado menos en los últimos millones de años que un león, pero no es por ello menos viable como organismo ni como especie.

Del mismo modo, el cambio no es imprescindible para el funcionamiento de una lengua, salvo, claro está, que la concibamos únicamente como una entidad histórica. En este sentido el razonamiento de Coseriu parece claramente apriorístico:

“Normalmente, el hablante no suele cambiar la lengua ni se propone cambiarla. Si, a pesar de esa actitud, la lengua cambia, ello ha de tener razones más profundas que el mero ‘azar’ saussureano y debe hallar justificación en la función misma de la lengua y en su modo de existir concreto” (Coseriu 1973, 44).

Pero lo que se nos propone en realidad es casi una afirmación tautológica: las lenguas cambian porque tienen que cambiar. Puede que sea cierto que las lenguas tengan que cambiar, pero no porque esa sea su finalidad estricta, ni un requisito para ser tales, sino por la existencia de variaciones, innovaciones y reanálisis (esto es, como dice Coseriu, por “su modo de existir concreto”) y por su transmisión tradicional, esto es, por el hecho de que tenemos que aprenderlas en unas determinadas condiciones<sup>9</sup>.

#### 4. El problema racional de la explicación funcional del cambio lingüístico

La conclusión de Coseriu sobre el problema del cambio lingüístico se puede considerar nihilista, dado que consiste en negar la existencia del problema (“Linguistic change does not exist” proclamaba el título de su más reciente tra-

<sup>9</sup> Por ejemplo, como propone Lightfoot (1999), encontrando pistas cruciales sobre su estructura en los datos superficiales y caóticos del entorno.

bajo al respecto, de 1983), pero ello no implica necesariamente que el resultado sea incorrecto y, de hecho, esta conclusión se puede considerar uno de los aspectos más relevantes de su aportación. En cierto modo, aunque desde un punto de vista distinto al de teóricos como Lightfoot o Lass, el planteamiento de Coseriu viene a concluir más o menos lo mismo: que no hay una causa para la mutabilidad de las lenguas, sino que mutan incesante e irremediamente en virtud de “su modo de existir concreto”. Sin embargo, Coseriu no se queda ahí, ya que ello implicaría no superar realmente la antonimia saussureana.

Hemos visto que para Lightfoot, Lass o Croft (aun con sus diferencias) el hecho de que las lenguas cambien es una consecuencia de su naturaleza de sistemas autorreplicantes imperfectos, mientras que Coseriu se centra en algo no irrelevante como es la libertad, la creatividad de los hablantes en el uso. Sin duda esto es importante para explicar (al menos) parte de las innovaciones lingüísticas (que vienen a ser el equivalente de las mutaciones en las especies), pero no se implica necesariamente de ello que las lenguas sólo sean objetos históricos, que sólo exista la actividad de hablar (y no el conocimiento de la lengua) o que debamos admitir una explicación finalista de los cambios.

De hecho, un logro temprano y relevante del análisis de Coseriu del mecanismo del cambio es su insistencia en distinguir como dos procesos distintos la propia innovación y la posterior adopción de la innovación por parte de otros hablantes, o difusión, algo que fue puesto de manifiesto por la sociolingüística durante todo el siglo XX (y que algunos teóricos como Croft pretenden haber descubierto recientemente).

Y, sin embargo, también cae Coseriu en la “trampa funcionalista” al considerar que la adopción de una innovación es también finalista y consciente. Puede que en ocasiones la adopción de una innovación sea voluntaria, pero no lo es siempre, como sugiere el hecho de que normalmente somos inconscientes de que hemos adoptado formas ajenas (sean acepciones léxicas, muletillas, entonaciones o modismos fonéticos). Por otra parte, y lo que es más importante, la transmisión de las innovaciones de una generación a otra, que es lo que determina si realmente hay cambio lingüístico o no, en modo alguno es voluntaria o finalista.

Un ejemplo paradigmático puede ser su tratamiento del futuro analítico romance (Coseriu 1973, 157-77). El ataque de Coseriu a la explicación “idealista” de Vossler es lúcido y penetrante y se basa en el hecho evidente de que generaciones de hablantes de clases populares emplearon las formas del tipo *amabo* y, en última instancia, en que no se ve por qué habría de reponerse una categoría que, según Vossler, estaba debilitada.

Pero cae Coseriu en la tentación finalista cuando pretende explicar por qué las formas del tipo *amabo* (de cuya desaparición por problemas morfológicos es copartícipe, según la propuesta de Wartburg o Pagliaro) fueron sustituidas por la

perífrasis del tipo *amare habeo* y no por cualquier otra cosa. Lo curioso es que precisamente rechaza la explicación más acorde a su punto de vista no causal (esto es, que se seleccionó simplemente porque estaba ahí) y dice que esta explicación es tautológica porque es una explicación que “se refiere al ‘cómo’ y no al ‘porqué’ del cambio o de su sentido” (1973, 166), lo que parece contradictorio con su postura respecto del problema racional del cambio y con su acertada desconfianza hacia las explicaciones causales.

Se decanta Coseriu por una versión corregida de la explicación “semántico-estilística” de Vossler aduciendo que en otras familias lingüísticas en las que no ha habido problemas morfológicos con el futuro sintético también existen futuros modales perifrásticos y que incluso en las lenguas románicas, las formas ya temporalizadas vuelven a sustituirse por perífrasis modales como *he de hacer*, etc.

Pero nótese que los procesos de que habla Coseriu (y que le hacen llevarnos hasta el análisis del tiempo del propio Heidegger) son precisamente los que pueden explicar el uso de un futuro perifrástico modal ya en latín vulgar, pero no los que explican el cambio de uno a otro en las lenguas romances. Esto es, la tendencia general a que las lenguas expresen de formas diferentes el futuro temporal y el futuro modal no es una explicación causal de que en el paso del latín vulgar a las lenguas romances desapareciera el futuro sintético y se extendiera el uso del perifrástico (que luego se temporalizó de nuevo en las formas del tipo *amaré*). Lo que plantea Coseriu perspicazmente es en realidad una posible explicación de que existan las perífrasis modales, pero no de la tendencia histórica a que unas formas se confundan con otras. La desaparición del futuro sintético del tipo de *amabo* se explicaría perfectamente por su inestabilidad morfológica (debido a la confusión por cambios fonéticos independientes con otras formas: *amabit/amavit*, *dices/dicis*, *dicet/dicit*, etc.) y, por tanto, la explicación más razonable de la sustitución parece ser la que el propio Coseriu apunta en una nota a pie de página y atribuye a Wartburg:

“Salvo que se piense que las formas sintéticas se sustituyeron por las perifrásticas (de valor diverso) a falta de otras formas más apropiadas, es decir, por mera pereza intelectual de los hablantes” (Coseriu 1973, 166, n. 41)

Esta nota revela mucho de la concepción de Coseriu del cambio lingüístico y, por tanto, del lenguaje. Hoy en día lo que Coseriu llama “mera pereza intelectual de los hablantes” no tiene tan mala prensa, no sólo ya por los diversos marcos teóricos que emplean nociones como “último recurso”, “dilación” o “avaricia”, sino porque la pereza es en sí misma una forma de economía. Pero a Coseriu una explicación que no entronque con su concepción del lenguaje como fuerza creadora del hablante es insuficiente, de manera que al final, por decirlo así,

claudica en favor de una explicación puramente teleológica o basada en pulsiones cognitivas o ideológicas que, como hemos visto, realmente no explican los cambios.

Su solución, como se refleja en sus siguientes palabras, se basa en la extensión del cristianismo:

“La circunstancia históricamente determinante fue, sin duda, el cristianismo: un movimiento espiritual que, entre otras cosas, despertaba y acentuaba el sentido de la existencia e imprimía a la existencia misma una genuina orientación ética. El futuro latino-vulgar, en cuanto no significa ‘lo mismo’ que el futuro clásico, refleja, efectivamente, una nueva actividad mental: no es el futuro ‘exterior’ e indiferente, sino el futuro ‘interior’, encarado con consciente responsabilidad, como intención y obligación moral” (Coseriu 1973, 173).

Al confiar en una explicación causal basada en lo que él mismo denomina “la necesidad expresiva”, Coseriu no sólo se compromete con un tipo de explicaciones que adolece de graves problemas empíricos y teóricos, sino que a renglón seguido además incurre en cierta contradicción al deshacer lo andado en su distinción entre innovación y difusión, un requisito imprescindible para eliminar los problemas lógicos de las explicaciones finalistas:

“La explicación por la necesidad expresiva se refiere, en primer lugar, a la ‘innovación’ o a las innovaciones iniciales: es decir, a los actos creativos de aquellos hablantes que fueron los primeros en utilizar las formas perifrásticas para expresar una nueva concepción del futuro. Pero se refiere también al ‘cambio’ como *proceso* de difusión y consolidación de estas formas en la comunidad lingüística romana, pues implica que la innovación se difundió porque correspondía a una necesidad expresiva de muchos hablantes” (Coseriu 1973, 176).

Pero como sabemos muy bien desde los estudios de Labov sobre la difusión (véase, por ejemplo, Labov 1963), el hecho evidente y probado de que la difusión de los cambios se realiza por cauces socialmente estructurados no se puede compaginar con las supuestas necesidades expresivas, salvo que admitamos la sarcástica explicación de Lass (1997, 364) de que los hablantes, presionados por el prestigio social o la moda, vean al fin que también son sensibles a esas nuevas necesidades expresivas.

Lo relevante es que las causas, da lo mismo ahora si son eficientes o finales (por usar la terminología aristotélica tan querida por Coseriu), no son las mismas en la fase de innovación o variación y en la fase de adopción o difusión, lo que realmente invalida la explicación funcional. Es concebible que un cierto número de innovaciones respondan a “nuevas necesidades expresivas”, pero la adopción

responde a causas diferentes de prestigio e imitación, por lo que la explicación basada en la causa inicial es inadecuada<sup>10</sup>.

De hecho, el propio Coseriu es muy consciente de que muchos hablantes pudieron adoptar el cambio por razones puramente sociales de prestigio: “Y muchos hablantes, sin percatarse de su peculiaridad expresiva, las habrán adoptado simplemente ‘para hablar como los otros’, es decir, por una razón cultural ‘extrínseca’” (1973, 177). Pero esa observación, plenamente oportuna, entra en conflicto con el párrafo antes citado en el que vincula la explicación de la difusión a la necesidad expresiva. Y, a mi entender, la razón de esta incoherencia es clara: de otra manera, como hemos visto, la explicación funcional se debilita seriamente, algo que para muchos de nosotros hoy es una virtud, pero que para Coseriu era inaceptable.

## 5. Una concepción de la ciencia, del lenguaje y del cambio

¿Y por qué, en fin, era inaceptable para Coseriu una explicación que no esté funcionalmente basada?

Ya lo sabemos bien: a causa de su propia concepción del lenguaje como actividad creativa y de su alejamiento del lenguaje como sistema de conocimiento, esto es, como un objeto mental distinto del constructo histórico que halla el lingüista.

Para Coseriu, como hemos visto, el lenguaje sólo se puede estudiar como fenómeno cultural, esto es, histórico. Pero entonces la idea de que los cambios no están orientados a una finalidad es inconcebible, ya que equipararía el lenguaje a una suerte de objeto natural:

“En los fenómenos de la naturaleza corresponde, sin duda, buscar una necesidad exterior, o *causalidad*; en los fenómenos culturales, en cambio, lo que corresponde buscar es una necesidad interior, o *finalidad*” (Coseriu 1973, 194)

Hemos visto que la concepción del lenguaje como un objeto cultural le lleva a una razonable concepción no causal del cambio, pero no en realidad a una auténtica explicación no causal, ya que, como él mismo se encarga de señalar con la autoridad de su vasto conocimiento al respecto, la finalidad es, en términos de Aristóteles, un tipo de causalidad:

---

<sup>10</sup> Un logro fundamental de la teoría de la evolución darwiniana fue precisamente el planteamiento de que las mutaciones que dan lugar a la variación (la “innovación”) de la que se “alimenta” la selección natural son independientes de las posibles funciones adaptativas que puedan tener dichas mutaciones.

“Así, pues, la finalidad (causa final) *es una causa* y, precisamente, una causa que puede darse sólo si el ‘motor próximo’ es un ente dotado de libertad e intencionalidad” (Coseriu 1973, 200-1).

Coseriu encuentra ese “motor próximo” en el hablante y en el carácter creativo del lenguaje, lo que le anima a concluir que “lo que puede y debe hacerse, pues, no es buscar ‘causas’ naturales o, de cualquier modo, exteriores a la libertad, sino justificar finalísticamente lo realizado por la libertad en tales y cuales condiciones históricas” (1973, 197-8) y que, por tanto, “la única explicación propiamente ‘causal’ de un hecho lingüístico nuevo es que la libertad lo ha creado con una finalidad” (1973, 202).

Veíamos al principio que la finalidad del libro de Coseriu era superar la antinomia saussureana entre sincronía y diacronía, pero parece que en realidad no se logra, y no se logra precisamente porque la superación de esa antinomia presupone la eliminación de la antinomia saussureana básica entre *lengua* y *habla*, y es realmente la inadecuada eliminación de esa antinomia lo que conduce a Coseriu a caer en las mismas trampas funcionalistas que tan agudamente señaló en los lingüistas de la Escuela de Praga.

El siguiente fragmento muestra claramente la necesaria vinculación entre ambas antinomias:

“Lo que ocurre es que la antinomia saussureana no se supera, en su alcance real, si se sigue manteniendo de algún modo la concepción estática de la lengua y se sigue considerando la lengua histórica como un conjunto de ‘estados de lengua’ ordenados en el tiempo. No se supera si no se elimina efectivamente la identificación entre el *ser* de la lengua, que es un ser histórico (es decir, continuo) y un *estado* de lengua” (Coseriu 1973, 222).

La clave está en que para Saussure el hecho evidente de que las lenguas son objetos históricos no ocultaba que una lengua es esencialmente un sistema de conocimiento (“depositado” en la mente del hablante, decía), y que eso no es en esencia un objeto histórico, sino un objeto mental, un sistema de conocimiento, por mucho que esté históricamente condicionado. Pero Coseriu insiste en que lo realmente existente (el “*ser* de la lengua”) es el objeto histórico, mientras que el estado de lengua es sólo una abstracción metodológica.

De hecho, eso le lleva a concluir que lo que él denomina “lingüística descriptiva” es, en realidad una parte auxiliar de la auténtica lingüística, que es lo que denomina “lingüística histórica”<sup>11</sup>.

Y sin embargo, al margen de credos y persuasiones, es un hecho innegable que una lengua, entre otras cosas, es un sistema de conocimiento de la persona que la habla, un estado o una propiedad de su mente y su cerebro.

<sup>11</sup> “La descripción y la historia de la lengua se sitúan ambas en el nivel histórico del lenguaje y constituyen juntas la lingüística histórica (estudio de las lenguas)” (Coseriu 1973, 282).

Tampoco Coseriu se puede evadir de ese hecho. De ahí que a veces defina el lenguaje como un “saber hacer” (o un “saber técnico”). Pero pese a los giros dialécticos, un “saber”, aunque sea “técnico”, es un *saber*, un sistema de conocimiento y no un puro objeto histórico. Insistamos en la analogía: podemos decir que un caballo es un objeto histórico, pero nunca que sólo es un objeto histórico y no natural. Podemos decir que la especie de los caballos existe, pero no que los caballos no existen o que existen únicamente en tanto en cuanto que son manifestaciones de la especie. Eso carece de sentido en biología y en lingüística.

Aunque Saussure no empleó la analogía con las especies naturales, su concepción del cambio como espontáneo y fortuito es en cierto modo análoga a la de la biología evolutiva y, como ha observado Petroff (1995), a la de las teorías sobre el caos y el orden, tal y como se observa en su célebre comparación con el ajedrez, que el propio Coseriu cita parcialmente:

“No hay más que un punto en el que la comparación falla: el jugador de ajedrez *tiene la intención* de ejecutar el movimiento y de modificar el sistema, mientras que la lengua no premedita nada; sus piezas se desplazan –o mejor se modifican– espontánea y fortuitamente [...]. Para que la partida de ajedrez se pareciera en todo a la lengua sería necesario suponer un jugador inconsciente o ininteligente” (Saussure 1916, 161).

Según Coseriu, “con el fin de sostener la exterioridad del cambio, Saussure tuvo que hacer violencia a su propia concepción de la lengua y recurrir a una argumentación viciosa y contradictoria” (1973, 248-9), pero creo haber mostrado que en realidad la argumentación contradictoria aparece en el propio Coseriu cuando intenta cohonestar una concepción no causal del cambio lingüístico con una explicación finalista del mismo.

Muy sagazmente observa Coseriu que lo que él considera “graves inconsecuencias” de la concepción del lenguaje de Saussure se deben a que Saussure todavía es un “lingüista naturalista”. Y lo cierto es que no deja de ser curioso que precisamente sea la concepción del cambio de Saussure, y no la de Coseriu, la que mejor entronque con las recientes teorías que se basan precisamente en explotar fructíferamente y sin tentaciones finalistas la analogía entre lenguas, especies y otros sistemas complejos e integrarlas en una teoría unificada de la evolución o cambio de los sistemas complejos.

Sin duda que la visión del cambio lingüístico de Coseriu es reveladora en muchos sentidos, por ejemplo, como cuando nos dice que “la lengua no es dinámica porque cambia, sino que cambia porque su naturaleza es dinámica: porque el lenguaje es actividad libre, es decir, creadora” (1973, 270). Pero pese a lo inspirado de la afirmación, no se puede decir que constituya en sí una explicación finalista o teleológica como la que el autor defiende. Sólo a duras penas se pueden considerar *creaciones* los procesos comprobados de cambio lingüístico tales como el desarrollo de un sistema de marcas de caso o, más aún, la

desaparición del mismo, el cambio de una marcación nomino-acusativa a una ergativo-absolutiva, la mutación de un sistema consonántico o el cambio de orden de palabras.

Lo adecuado de esa concepción dinámica del lenguaje de Coseriu también queda reflejado en su confluencia con algunas conclusiones de las modernas teorías del cambio lingüístico. Por ejemplo, si negamos que el cambio esté dirigido a un fin de optimización o de mejoramiento en general, estamos diciendo que todo estado de lengua es adecuado por definición. Y eso se colige también de la concepción de Coseriu del sistema lingüístico como un sistema dinámico, como se puede observar en el siguiente fragmento:

“El desarrollo de la lengua no es un perpetuo ‘cambiar’, arbitrario y azaroso, sino una perpetua sistematización. Y cada ‘estado de lengua’ presenta una estructura sistemática precisamente porque es un momento de la sistematización” (Coseriu 1973, 272).

Pero el hecho evidente e interesante de que las lenguas no se “destruyan” ni dejan de ser tales en su odisea histórica de cambios fortuitos no se explica necesariamente porque los cambios sean una perpetua sistematización o porque éstos no sean “ciegos” o “azarosos”, sino, de forma algo paradójica, precisamente porque lo son. La estructura y naturaleza de cualquier lengua humana está restringida por la facultad del lenguaje característica de la especie. Dentro de esa restricción natural, el cambio puede ser casual y azaroso, precisamente porque no es “sistemático”.

De hecho, a causa de esa concepción del cambio como sistematización, Coseriu no puede eludir el prejuicio de que el cambio tiene una misión “profiláctica”, alineándose así, a su pesar, con la concepción teleológica de la Escuela de Praga:

“Y si entre dos ‘estados’ la lengua cambia sin dejar de ser sistemática, ello significa que el cambio encuentra en el sistema su lugar necesario: que se justifica por una posibilidad o una ‘insuficiencia’ del primer ‘estado’, con respecto a las nuevas necesidades expresivas de los hablantes” (Coseriu 1973, 117)<sup>12</sup>.

La cuestión es que si, como dice Coseriu, el cambio es sistematización, bien se debe partir de lo no sistemático o de lo menos sistemático hacia lo sistemático o hacia lo más sistemático. En caso contrario no cabe hablar de *sistematización*. Es cierto que todos los estados de lengua son sistemáticos, pero lo son precisamente porque los cambios, como decía Saussure, no son sistemáticos (originados en el

---

<sup>12</sup> Confróntese, igualmente: “Siendo la lengua un sistema funcional, ella se modifica sobre todo en sus ‘puntos débiles’, es decir, ahí donde el sistema mismo no corresponde eficazmente a las necesidades expresivas y comunicativas de los hablantes” (Coseriu 1973, 141).



sistema y por el sistema) sino que son azarosos y, por tanto, circulares. Son externos al sistema, aunque puedan afectarlo. Lo mismo sucede con las mutaciones genéticas que explican la evolución –el cambio– en los organismos.

No debe ignorarse que la alusión a “nuevas necesidades expresivas” siempre se hace *a posteriori*, esto es, se observa un cambio, se asume que responde a una nueva necesidad expresiva y se busca la supuesta nueva necesidad. Esta manera de razonar recuerda los excesos adaptacionistas de los llamados neodarwinistas en teoría evolutiva (véase Gould 2002 para un exhaustivo estado de la cuestión al respecto). En ese modelo, cada rasgo morfológico de un organismo se presume adaptativo pues únicamente se acepta la selección natural como explicación de su surgimiento, lo que indudablemente es circular y, sobre todo, no explica cómo surgen las mutaciones que luego se habrán de seleccionar.

En este sentido es en el que se puede decir que Coseriu acaba planteando una concepción del cambio afín a la defendida, por ejemplo, por Jakobson (1973) y su noción teleológica de “sincronía dinámica”. Como ha observado de manera relevante Petroff (1995), la concepción de Jakobson (y de buena parte del estructuralismo) es una concepción determinista, una concepción en la que el sistema es *el mismo* en distintos cortes sincrónicos y lleva en sí el germen del cambio, de manera que es “la réalisation future que explique rétroactivement les modifications qui sont intervenues dans les états antérieurs” (Petroff 1995, 110). Según Petroff, la concepción de Jakobson (y, según hemos visto, la de Coseriu *malgré lui*), se asocia al modelo científico determinista de Laplace, mientras que la concepción de Saussure se asocia más adecuadamente a las más recientes teorías sobre la termodinámica de los estados de desequilibrio desarrolladas en los años setenta del siglo XX por Ilya Prigogine, especialmente a partir del estudio de las llamadas “estructuras disipativas” en las que un nuevo “orden”, un nuevo “sistema” emerge del caos y del desorden. Análogamente, en la concepción de Saussure, cada estado de lengua es un “orden” para quien lo utiliza, pero ese orden está constantemente amenazado por factores externos que generan un “desorden”, pero ese desorden no crece, sino que es el detonante de un “nuevo orden”, de un sistema distinto y que es fortuito y contingente por definición<sup>13</sup>.

## 6. Conclusión

Hemos visto que para Coseriu la creatividad, la invención, la libertad del hablante son la explicación del cambio lingüístico, pero lo cierto es que salvo en el caso de la introducción de nuevas palabras o del uso de éstas con nuevos sentidos,

---

<sup>13</sup> Como observa Petroff, “entre deux états consécutifs, Jakobson cherche donc à trouver des relations de cause à conséquence à l’intérieur d’un même système, tandis que pour Ferdinand de Saussure, ces deux états sont deux synchronies différentes. L’évolution est contingente. L’apparition du système suivant est due à un événement fortuit” (Petroff 1995, 111).

el hablante normalmente es ajeno a los cambios lingüísticos que nos sobrecogen, tales como los experimentados por lenguas como el egipcio, que en unos tres mil años de documentación pasó de ser flexiva a ser aislante, luego aglutinante y por último de nuevo flexiva (véase Hodge 1970).

El uso creativo del lenguaje no implica necesariamente el cambio lingüístico, precisamente porque el conocimiento del lenguaje no es, como quizá daba a entender Saussure, pasivo y cerrado, sino como puso enérgicamente de manifiesto Coseriu, creativo y abierto.

Pero es creativo y abierto *sincrónicamente*, algo en lo que también Coseriu tenía razón y que nunca se cansó de señalar. Sin embargo, ello le llevó a proyectar la creatividad del hablante históricamente, un paso que ofrece una teoría del cambio inverificable y poco explicativa, aunque en cierto sentido menos expuesta a los problemas lógicos y empíricos que se pueden oponer a otras concepciones funcionalistas.

## Referencias bibliográficas

- Bernardo, José María. 1995. *La construcción de la lingüística. Un debate epistemológico* (= *Lynx* Annexa, 9). Valencia: Universidad de Valencia.
- Bernardo, José María. 2003. "El legado de Eugenio Coseriu (1921-2002)". En: *Lynx. Panorámica de estudios lingüísticos* 2, 163-6.
- Círculo Lingüístico de Praga. 1929. "Thèses présentées au Premier Congrès des philologues slaves". En: *Travaux Linguistiques de Prague* 1, 5-29.
- Coseriu, Eugenio. 1973. *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Madrid: Gredos (citado por la 3ª ed., 1978).
- Coseriu, Eugenio. 1983. "Linguistic change does not exist". En: *Linguistica Nuova ed Antica. Rivista di Linguistica Classica Medioevale e Moderna* 1, 51-63.
- Coseriu, Eugenio. 1995. "My Saussure". En: De Mauro, T. y Sugeta, S. (eds.) *Saussure and Linguistics Today*. Roma: Bulzoni, 187-91.
- Croft, William. 2000. *Explaining Language Change*. Londres: Longman.
- Hodge, Carleton T. 1970. "The Linguistic Cycle". En: *Language Sciences* 13, 1-7.
- Gould, Stephen J. 2002. *The Structure of Evolutionary Theory*. Harvard: Harvard University Press.
- Jakobson, Roman. 1973. *Essais de linguistique générale II*. Paris: Éditions de Minuit.
- Labov, William. 1963. "The Social Motivation of a Sound Change". En: *Word* 19, 273-309
- Lass, Roger. 1997. *Historical Linguistics and Language Change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lightfoot, David. 1999. *The Development of Language*. Oxford: Blackwell.
- Mendivil Giró, José Luis. 2003a. "Sobre la explicación del cambio lingüístico: Saussure tenía razón". En Blesa, T. & Martín Zorraquino, Mª. A. (eds.) En: *Homenaje a Gaudioso Giménez. Miscelánea de estudios lingüísticos y literarios*. Zaragoza: Institución Fernando El Católico, 275-91.
- Mendivil Giró, José Luis. 2003b. *Gramática natural. La Gramática Generativa y la tercera cultura*. Madrid: Machado Libros.
- Mendivil Giró, José Luis. 2009. *Origen, evolución y diversidad de las lenguas. Una aproximación biolingüística*. Frankfurt: Peter Lang.

- Petroff, André-Jean. 1995. "Le temps perdu et le temps retrouvé de Ferdinand de Saussure". En: De Mauro, T. & Sugeta, S. (eds.) *Saussure and Linguistics Today*. Roma: Bulzoni, 107-24.
- Saussure, Ferdinand de. 1916. *Cours de linguistique générale*. Paris: Payot (cit. por la edición de T. de Mauro y traducción de A. Alonso. *Curso de lingüística general*. Madrid: Alianza, 1983).

Universidad de Zaragoza  
Dto. Lingüística General e Hispánica  
Facultad de Filosofía y Letras  
C/ Pedro Cerbuna 12  
E-50009 Zaragoza

*José Luis Mendivil Giró*  
jlmendi@unizar.es